

Entre las llamas de la palabra

Holbein R. Sandino Torres

Colección: Narraciones

Entre las llamas de la palabra (Cinco cuentos)

Holbein Román Sandino Torres

El rifle de mi padre

Mi padre tenía un rifle, solía ir a cazar por las noches. Iba con sus amigos, no volvían hasta varios días después. Yo quedaba en casa con mis hermanos y después del medio día solo con mi madre. Me sentaba en una alfombra de polvo, había acostumbrado mis piernas a eso. Desde el techo, ciertos rayos de sol se filtraban, daban vueltas por la casa todo el día. Me gustaba seguirlos con la vista.

Detrás de la casa había un patio que parecía una selva. Nuestro único vecino era un viejo que solía deambular por el pueblo. Vivía acuartelado en una especie de carcasa de madera que construyó quién sabe cuántos años atrás, mucho antes de que mi padre naciera.

Mis hermanos trabajaban cortando madera. Yo iba a la ciudad por la mañana, a la escuela. Mi madre me pedía que escribiera cartas a sus hermanas, las enviábamos todos los miércoles cuando el hombre del correo pasaba por el pueblo en su bestia mecánica. Él soltaba una sonrisa siempre que veía la caligrafía de mis cartas. Cuando regresaba de la gran ciudad, me regalaba junto con las cartas de las tías Marta, Cecilia y Maribel algún dulce civilizado, de esos que traen envoltura y saben bien.

En la escuela, los hijos de los dueños de las fábricas solían predicarnos sobre el Evangelio del vapor y el carbón; decían que en la gran ciudad existían casas tan altas como secuoyas, caminos de asfalto por donde las bestias trotan esparciendo su vapor por las aceras, cielos repletos de aves

artificiales y globos aerostáticos que aplastan a los transeúntes con sus sombras. Nos dijeron que sus padres planeaban hacer de nuestro pueblo una gran ciudad capaz de despertar envidia en los capitalinos. Nuestros profesores los regañaban por darnos ilusiones. No solíamos poner mucha atención a sus regaños, excepto a los de Mrs. Lewes. La escuchábamos porque venía de tierras lejanas, su voz llevaba cierto peso de credibilidad. Ella decía que era «acento». Para nosotros, los niños, era magia.

Desde mi hogar podía ver las chimeneas de las fábricas. Ahí nacían las bestias de vapor y las aves artificiales. Me preguntaba por qué mi padre evitaba el contacto con el pueblo, con las fábricas y con sus dueños siendo que todo eso representaba -y hasta significaba- «civilización». A todos les gusta la civilización. ¿Por qué a mi padre no? Nunca le pregunté. Siendo sincero, admito que casi nunca hablamos.

Siempre fue una figura extraña la de mi progenitor. Cuando vi su cadáver ser arrastrado me pareció todavía más extraño, como si fuese yo el hijo de un demonio. Le faltaban tres dedos izquierdos; una pierna estaba por desprenderse de su cuerpo. La mano derecha seguía aferrada a su rifle, a sus principios, nunca al pueblo.

Mis hermanos lo enterraron por la tarde en el patio-selva. Su rifle lo colgaron en la pared; estaban llorando. Yo también lloraba.

La mañana siguiente era la mañana de un miércoles. Mi madre despertó. No había papeles en el escritorio de la sala. La pluma estaba resguardada. La luz matinal la sentía más frágil, como si fuese de telarañas en vez de la magia a la que me había acostumbrado. El polvo de la alfombra

lastimaba mis rodillas. Las chimeneas en el horizonte parecían lápices en una cartuchera de piedra pómez.

Yendo a la escuela oí el retumbar de pájaros metálicos sobre mi cabeza, las calles de adoquines las aplastaban, armatostes con forma de oso que soltaban vapor y silbaban como los vientos de noviembre. El hombre del correo sintió desilusión cuando le dije que no habría caligrafía. Tuvo que conformarse con las letras de molde que Mrs. Lewes dejaba en el papel sin la elegancia de su acento -aunque estuviesen escritas en su lengua madre- ni el misticismo que le atribuían sus alumnos.

Los hijos de los empresarios alardeaban de manera más molesta. Mrs. Lewes les regañaba con particular desdén. Las casas enanas rechinaban. Las sombras de los árboles acariciaban las cabezas con una gentileza paupérrima. Las bestias dormían. Mi padre era atravesado por las raíces de un árbol. El viejo de al lado reía. Mi madre lloraba, lloraba como las bestias silban y las aves retumban. Mis hermanos cavaban, cortaban, sin hablar, trabajando. El rifle se oxidaba como se pudren las secuoyas, caía como la luz que se filtraba desde el techo, no daba vueltas, no trotaba, era un augurio.

Cuando volví a casa, mis hermanos enterraban a mi madre.

Estaban llorando, yo también lloraba.

Ceguera

Recuerdo cuando estábamos bajo aquel árbol, te veía mientras te recostabas en mis piernas, mirando al río que corría lento, tranquilo, como una serpiente de cristal tragando ramas todo el día; te comenté eso.

– ¿Una serpiente? –preguntaste.

– De cristal –añadí– y que traga ramas.

– No parece eso, en absoluto.

– Por supuesto que no.

– ¿Y por qué lo dices, entonces?

– Porque es lo que diría un buen escritor.

Acaricio tu cabello, está más largo que la última que vez nos vimos. Siento su olor impregnado en mis manos, huele a tabaco, del barato, ¿recuerdas cuando te dije que no fumases de ése?, yo tampoco, pero estoy seguro que lo hice alguna vez, o al menos debí hacerlo. Solo pienso que deberías escucharme.

– Entonces, ¿eres un escritor? –me preguntas, inocente.

– Podría decirse, pero no me gusta ser llamado así.

– ¿Por qué?

– No merezco ese mérito.

– ¿Me dejarías leer algo tuyo?

– No, eres demasiado para eso.

Callas, miras el río, ves a los peces que navegan, te sorprendes. Yo te miro, miro tu cabello, toco tus mejillas.

– ¿Quieres nadar en el río? – te pregunto, con mis manos aún en tu rostro.

– Me gustaría.

– Ve.

Te levantas de mi regazo, te desvistes ante mí, te he visto así tantas veces, sé que ya no te avergüenza.

Caminas cortos metros; frente a la serpiente te veo, ahí está el animal translúcido del que hablaba.

Recuerdas el ataúd de tu madre, ése en el que siempre le imaginabas; ves el pedestal, la torre en la que habita tu padre, desde arriba te saluda, mas tú solo ves a la serpiente, que te traga, te traga mientras corre por ti, te traga porque sabe que le amas, te traga porque quieres ser tragado.

Me despido, con la mano. Debo irme ya, lo sabes, pero igual te duele, a mí también, sé fuerte, volveré algún día.

Me voy, entre los árboles, entre las llamas.

Cuando llueve, las hormigas bailan

Cuando llueve, todos parecen desorientados, hormigas que se ahogan en orín. Caminan por lados extraños en busca de su propio hormiguero, su montón de lodo. Hay en el aire gotas de descortesía, un olor a odio que se infiltra en las entrañas, que arranca las convicciones religiosas del altruismo.

Cuando llueve me siento más tranquilo, pero también más tonto. Siempre que el cielo llora, olvido cómo cavilar un pensamiento. Me resigno a buscar en otros lo correcto, sabiendo al verlos que en ellos hay de todo, menos rectitud. Contesto con menos detalle, evito con más seguridad. Me vuelvo un zángano de nadie, sólo sé caminar.

Cuando llueve, lloro con el cielo. Sé que sus lágrimas de mayor tamaño, sabrán limpiar las mías. Es un acto cobarde, pero confortable. Es el sonreír de los bichos raros, de los que saben por saber. Bajo el llanto del cielo me siento más cercano al amor, al calor. Sé que, como yo, los demás son hormigas sinuosas. Todos son insectos bañados en sal. Aunque sobre sus cabezas vuele una sombrilla o se asome un techo, podrán escapar de la metamorfosis que causan las corrientes verticales, del sentimiento vago que provoca el petricor. Bajo la lluvia, todos somos hormigas lodosas, caminamos sin horizonte, buscamos un hogar sumergido en orines...

La lluvia cesa. Somos hombres de nuevo.

Anoche

Anoche estaba en una hamaca viendo el cielo sobre mí, a las tantas estrellas y las formas que hacía en ellas; se mecía tan grácil esa cosa, el aire a mi alrededor parecía agua en la que un barco flota, el barco era yo. Mis ojos seguían puestos en el cielo, mi cuerpo en un agua incierta, pero ¿dónde estaba yo?, ¿quién era mi dueño ahora? Cierto era que el cielo cautivaba mi mente. Creí, por un segundo, estar bailando entre esas esferas de fusión masiva, ignorando la física y siendo tan ligero como el aire que me apresaba, ¿o era agua?

Sí, sobre aguas flotaba mi cuerpo, aguas heladas, vivientes, reconfortantes, aguas que me mecían y calmaban como a un bebé; las aguas que rodean a las estrellas me durmió, a su lado cerré mis ojos y volví a bailar con ellas.

Cada salto era sobre un sol, cada caída sobre una nebulosa, todo movimiento lo tragaba el vacío; no estaba solo, nunca lo estuve, a mi lado Orión perseguía a las Pléyades, a lo lejos vi a la ballena de la ciencia, tragando galaxias, nutriéndose; tras de mí, una codorniz descansaba sobre una mota de polvo, voló y murió sin encontrar otra; los dioses besaron mis pies, mil mundos saludé con mi mano y ellos saludaron de vuelta. ¿Dónde estaba yo? Yo no estaba, yo era. ¿Qué era yo? No era qué, era dónde. ¿Dónde era yo? Yo era en todo. Un árbol me despertó, bajé de mi hamaca, subí a una de sus ramas, ahí seguí viendo al cielo; me vi a mí, saltando, riendo; feliz. Me vi saludar a mil mundos y yo saludé de vuelta. Otro yo nació de la hamaca y me fui para dejarle en paz, que él mismo gozase las estrellas.

Gama baja

Teníamos el agua al cuello, desnudos en la bañera. La miraba como miraría a un cuadro impresionista, sin yo saber nada de pintura (que no sé). Ella mordía sus labios como si le ardiesen, no pensó en llevarlos al agua donde flotaban los mechones oscuros de su cabello y su piel color caoba pálida, como enfermiza, hundida me decía: «traidor, traidor». Y yo me sentía traidor.

No quise hablarle, estaba pensando. Pensaba en el otro, «¿qué pensaría?». No importaba; importaba el agua y sus cabellos o su piel. Le hubiese insultado, gritado con fuerzas: «traidora, traidora», pero traidor me sentía yo.

– Es muy frío -me dijo.

Miré sus ojos, titilando, apunto de patear al alma de su cuerpo.

– Todo esto es muy frío -reiteró.

– Lo querías frío, ¿No?

Apartó su cara. Seguí viéndola, su cabello de nuevo.

– Lo sé, pero ya no me gusta así.

Me estremecí, supe que no hablaba del agua. Nuestro mes llegaba ya, dejaría resaca y dolería, a ambos nos iba a golpear una fuerza. Yo temía compromisos, ella el rechazo sin precedentes. ¿Qué pasaba?, ¿por qué tan repentina esa afinidad? Llevábamos casi dos meses juntos, ensuciándonos en secreto y en secreto sonrosando miradas con el agua al cuello, en un cuadro de Dalí.

– No -dije.

Me levanté, el agua abandonaba sus cabellos, bajando su nivel, bordeando los pezones color caoba, claros como blanqueados con cloro. Extendió sus piernas, llenó el agua con su cuerpo. Volteó la cabeza y me vio, desnudo, como si fuese su propiedad e intentase escapar. No me veía con esos ojos desde aquel noviembre entre las bancas del colegio, era extraño. Algo me decía que volvería y que ella sabría cobrar venganza. De cualquier modo, no sé pintar y ella es un cuadro impresionista.

